

renovación del catolicismo español mediante la evangelización, el ministerio pastoral, la formación de cuadros eclesiales y la acción misionera dentro y fuera del país, como también, y fundamentalmente, sobre el mundo de la enseñanza, la cultura, la ciencia y de la promoción social de los menos afortunados, contribuciones éstas que ya va siendo hora de que sean justipreciadas en el panorama del esfuerzo modernizador español desplegado desde diferentes frentes en los últimos ciento cincuenta años.

Juan Bta. Vilar

J. Bta. VILAR: *Mapas, planos y fortificaciones hispánicas de Túnez (s. XVI-XIX). Cartes, plans et forteresses de Tunis, XVI^e-XIX^e siècles*. Prólogo de M. de Epalza. Ed. Ministerio de Asuntos Exteriores. Inst^o. de Cooperación con el Mundo Árabe, 1991; 488 ps. + 502 mapas y planos.

Todavía reciente la edición de una obra similar a ésta sobre Argelia, trabajada en colaboración con M. Epalza, J. Bta. Vilar —esta vez solo— reúne ahora su trabajo arduo de los últimos años en lo tocante a Túnez (ciudad y nación, ya que no disponemos como en francés de Tunis y Tunisie para distinguirlas). Falta un próximo volumen acerca de Marruecos, de idénticas características, que completará la trilogía.

Importantísima nos parece esta documentación no sólo por la riqueza y dispersión de las fuentes y los archivos consultados, sino porque mapas, planos, etc. (y más si son de Túnez) suponen una de las localizaciones menos exploradas. Sólo la más reciente historiografía va alumbrando el hontanar cartográfico, abundantísimo en archivos hasta límites de asombro para un no avezado. Quizás esta forma sectorial, geográficamente, esté siendo memorable para sacar a luz un filón investigador de este calibre.

Sucedee, además, que el prof. Vilar está siempre a la última en cuanto bibliografía interconexa se nos cruce por medio. De ahí que sean ricas, en especial para algunos de nosotros, tanto la «letra menuda» que acompaña a cada plano como las *notas* del texto, nutridísimas. Citemos dos ejemplos como botón de muestra: cuanto concierne a las redenciones de cautivos por las órdenes religiosas pertinentes (tema casi ignoto de la historiografía), y lo que se refiere a la Tabarca de Santa Pola, como consecuencia de la Tabarka tunecina. A esa letra menuda que comento corresponderían también algunos paréntesis. Jugosos éstos. Y sin aires triunfalistas, por cierto. Por ejemplo, el que «toca» a Alejandro VI concediendo derechos apostólicos al expansionismo hispano, o el incumplimiento por parte de los Reyes Católicos de las capitulaciones concertadas (1501) para con los vencidos, o el «fulminante y unilateral ataque contra Granada» (1492). Paréntesis que confirman, por otro lado, un uso de bibliografías menos narcisistas (en época de V^o Centenario ¡quién lo dijera!).

El recorrido histórico que antecede al catálogo de mapas presenta una completa exposición de las relaciones hispano-tunecinas, con suficiente detalle, y a la vez, visión de conjunto. No dispone el lector español de muchas síntesis semejantes para estar informado. A partir de la E. Media se nos inicia aquí en los intercambios de la Corona de Aragón con el sultanato hafsí, y se nos advierte del pragmatismo catalán frente al mesianismo castellano (pp. 86-105). Dos posturas diversas: no la de *tanto monta*, sino Isabel /vs/ Fernando. Todo ello hasta conducir a lo más definitivo: la encrucijada de Túnez siempre entre dos imperialismos: el español y el otomano. Con Carlos V y Felipe II mantendremos tal evidencia, y a éllo se dedica el grueso del estudio introductorio (pp. 106-181). Serán decisivas, pues, tanto la expedición de Carlos V (1535: más como prestigio internacional que como otra cosa) y las dificultades posteriores para mantener el enclave tunecino.

Agudamente señala el autor el fracaso de una colonización europea entre 1535-1547, sobre todo porque no podía facilitar una inmigración europea un sistema que se basaba, precisamente, en presidios y bastiones que defender. Túnez no sería la excepción en Norteafrica, sino una monda y lironda confirmación. El año 1552 será clave también al respecto: se confirman los planes carolinos de demoler Mahdia y abandonarla, pero se retrasarán los desembolsos para ello, y se pagarán las consecuencias (retrasos de pagos a la guarnición, amotinamientos al canto). Naturalmente, el fracaso será presentado oficialmente como un no valía la pena, *no están maduras*, en efecto. Los típicos manejos de la opinión pública. La historia de Yerba (Los Gelves), con una trayectoria más larga de luces y sombras, tampoco será distinta desde los mismos tiempos de Cisneros y P^o. Navarro. En 1540 quedó independiente tanto de España como de Túnez. Y de Yerba a Lepanto corren años donde Felipe II caerá en la cuenta de que había que recuperar el prestigio perdido en Africa, pero había, igualmente, que recuperar la reactivación de los astilleros en España e Italia. Ello explica que en 1564 la escuadra del Mediterráneo dispusiera de cien galeras; que en ese año también se realizara con éxito el ataque argelino sobre Orán; y que, no en vano, se recuperara el Peñón de los Vélez; y que se hiciera levantar a los turcos el abrumador sitio de éstos a Malta. Era la preparación del golpe final en el Mediterráneo frente al poder otomano (con la coalición pontificia y véneta naturalmente). Nada extraño, pues, que en esa etapa Túnez sea conquistada por Uldj Ali, y reconquistada por don Juan de Austria. Las directrices de Felipe II respecto a la zona serán, a su vez, diáfanas: era preferible potenciar una Armada en el Mediterráneo, y a la par, reducir al mínimo castillos, fortificaciones, etc., caros de mantener y expuestos siempre a ataques y peligros.

Pero la política hispana norteafricana se vería frecuentemente en litigio, puesto que la Goleta y Túnez pasaron al enemigo años después. Cervantes relatará en el *Quijote* estas pérdidas, salvando, en cambio, el arrojo de las tropas cristianas. Puntualiza Vilar cuán injusta ha sido la historiografía tachando a aquellos jefes militares de cobardes

ante la lamentable pérdida. Pero de forma más lamentable, si cabe, se comportaba la mentalidad coétanea para con los veteranos de guerra, un subgénero social, no mirados como héroes precisamente por otras clases significativas, amén de pasar hambre pura (Cervantes teste). Quizás un complejo español entre culposo y herido triunfalismo que la clase dirigente segregaba hacia ellos. Un tema, por cierto, digno de estudio tanto por parte de la historia como de la liteartura, y apenas investigado.

El siglo XVII, sobre todo en las primeras décadas, se distingue por ataques intermitentes contra posiciones en costas africanas. Uno de ellos el de los Fajardo a La Goleta (1609), al que Cascales dedicará líneas laudatorias como buen murciano y amigo de los Vélez. El mismo Filiberto de Saboya –general de las galeras de España y con estancias conocidas en Cartagena– ya no reúne la potencia de antes: 72 buques sólo, y éso con el apoyo de Italia y Malta. Su ataque a la tunecina Susa, encima, se salda con un fracaso. De ahí la convicción de que no se precisan nuevos enclaves en el Mágreb. Durante la segunda mitad del XVII las acciones de corso, por ambas partes, se tendrán como una salida. No hay que olvidar que en ese siglo es Francia quien sucede a España como potencia europea de influencia en Túnez. Hasta la misión redentora de cautivos se canalizará a través de religiosos franceses. A mercedarios y trinitarios españoles e italianos se les guardará el recelo causado por toda la historia anterior. Hay que confesar, por otro lado, que los magníficos conocimientos de éstos, y sus descripciones del país magrebí sirvieron algunas veces, de auténtica geoestrategia para planes militares de España. Punto de importancia lo constituyó, también en ese siglo, la inmigración de moriscos españoles a Túnez tras la desgraciada expulsión. J. Bta. Vilar –que ya estudiara el caso murciano de tales moriscos expulsos en 1984, y que lo renovó documentalente en 1990–, incidiendo sobre todo en la problemática pastoral, dado que a él los moriscos le interesan ante todo como minoría religiosa da cuenta del arribo y pervivencia de moriscos hispanos en Túnez: vías de llegada, redistribución, su artesanado y comercio en la capital, etc. Dimensión que Epalza y Petit, como es sabido, han estudiado.

Al siglo VIII –pasadas las dificultades conocidas de la guerra de Sucesión en sus inicios– se le presenta aquí como un lento caminar de cara la normalización del comercio hispano-tunecino, merced a marinos de las Baleares, sobre todo. Caminar lento, entre otras motivaciones por la permanencia y las secuelas del corso. De hecho, la población cautiva hispana será, con mucho, superior a la de otros países. Sin relaciones diplomáticas por medio, el corso hacía su agosto. Dedicar varias páginas el autor, en este momento, a la redención de cautivos y a informes de religiosos, ricos en tantos aspectos: la más o menos interesada conversión de algunos cristianos al Islam, la actitud positiva de Hussein ben Ali para con el hospital de Túnez, la situación de los cautivos, etc. Muy de agradecer esta vertiente, habida cuenta –como ya comenté– del desierto investigador en que se halla. La política europea y sus equilibrios llevaría a

Floridablanca a una correspondencia de otro corte al que se nos tenía acostumbrados en la zona. El tratado de paz y comercio con Túnez en 1791 significará la recogida de tales frutos.

Las relaciones ochocentistas –documentadas en especial en los despachos consulares– hasta el momento son mérito de M. Epalza y A. El Gafsi, y desde ahora también de Vilar. Alicante y Cartagena pondrán su grano de arena. Aquélla con intercambios comerciales, y ésta aportando mano de obra especializada en astilleros.

A partir de aquí comienza la segunda parte de esta obra con el catálogo de mapas, planos, mapamundis, portulanos, cartas de marear, junto a planisferios, mapas continentales y regionales... Todo ello perfectamente incardinado en el proceso histórico descrito. El año 1500 es el elegido para iniciar el recorrido. Se suman 402 planos. El último de 1875. Choca, comparado con Argel, Ceuta, Melilla y Orán, la escasez del s. XVIII, en cartografía militar. Escasez que se explica, de corrida, si se conoce la historia recensionada anteriormente. Esta segunda parte, ilustrada abundantemente con tales planos, y comentada con detalle, acrece la edición (de magnífica factura). Que se haga en francés y castellano indica el abanico posible de lectores. Impresionante catálogo.

Pocas veces como en el momento actual es oportunísima esta obra. Hace bien poco, el propio Ministro de Asuntos Exteriores español, en un informe a los Doce ministros homónimos de la C.E., hablaba del Mágreb como «de la frontera vulnerable de Europa», de que se había de ir hacia «acuerdos europeos-magrebíes», y también por «razones prácticas» se aludía a que las propuestas hispanas tienen presente sobre todo a Marruecos, Argelia y Túnez (*El País*, 29-II-92, pp. 3 y 24).

No sería desatinada una relectura de este importante estudio. Tanto para el profesor Vilar como para el organismo que ha editado estas páginas, nuestra objetiva alabanza.

Francisco Henares Díaz

VILAR Juan Bta.: *Mapas, planos y fortificaciones hispánicas de Marruecos (S. XVI-XX) / Cartes, plans et forteresses hispaniques de Maroc, XV^e-XX^e siècles*. Prólogo de J. A. Calderón Quijano. Ministerio de AA. Exteriores. Inst. de Cooperación con el Mundo Árabe. Madrid. 1992, 605 págs. + 842 planos y mapas.

La historiografía española sobre los países y pueblos árabes vive en la actualidad un indiscutible auge registrándose la publicación continuada de diversas obras sobre este apasionante mundo, en sus múltiples aspectos, que aunque no constituyen una bibliografía en exceso abundante, si son suficiente muestra del interés y la atención de los autores e investigadores españoles sobre la historia y el presente de ese universo árabe.